

La vida callada

Las manos de mi abuela dan cuerda al reloj. Los surcos de sus dedos se aplastan contra la superficie plana del cristal, mientras dentro el mecanismo gime despertándose. Cuántas veces he caminado, siendo niño, sostenido por esas manos duras, modeladas a base de tierra, de gélidos sabañones y de caricias a un granito sepulcral. Absorta contempla cómo la nerviosa aguja comienza a girar. Suspira. Y calla.

Soy yo ahora quien examina la negrura de un inmóvil segundero mientras añoro las arrugas valerosas de unas tiernas manos sin manchas de tinta.

Carmen Molero